

derando esta palabra como una abreviatura de *Compostela*, en cuyo caso la crónica de que nos ocupamos trae la verdadera fecha, á saber: el año 970.

Después de la victoria que consiguieron en Frosnellos, los normandos robaron toda Galicia (1) y según Dudon de San Quintín, saquearon é incendiaron en totalidad diez y ocho ciudades.

En el año tercero de su expedición, es decir, en 971, apresuráronse á abandonar á Galicia con el proyecto, no de volver á su país, como piensa Sampiro, sino de ir de nuevo á atacar á la escuadra musulmana. Un pasaje de Ibn-Adhâri, que ahora citaremos, disipa todo género de dudas sobre este punto. Durante su retirada sufrieron rudos descalabros. En primer lugar tuvieron que luchar con Rudesindo, pariente del obispo Sisenando, muerto en la batalla de Frosnellos. Rudesindo, á quien la iglesia ha colocado en el catálogo de los santos y que España venera bajo el nombre de San Rosendo, fué al principio obispo de San Martín de Mondoñedo. El año 942 se despojó de su dignidad para consagrarse enteramente á los ejercicios espirituales en un claustro de que

(1) Sampiro c. 28.

era fundador, y allí acudió el gobierno á buscarle cuando Compostela perdió su obispo, pues los consejeros de la regente comprendieron que en las difíciles circunstancias por que atravesaban, Galicia tenia necesidad, no ya de un buen pastor, sino de un hombre cuya influencia y autoridad fuesen lo bastante grandes para restablecer el órden social gravemente trastornado; de un hombre que pudiese reunir en un haz todas las fuerzas de la provincia y volverlas contra los piratas escandinavos. Por lo ilustre de su cuna, (era aliado de la familia real) por sus talentos, por el respeto y veneracion que sus virtudes inspiraban, Rudesindo era el hombre de la situacion. El gobierno le rogó tambien que se encargase de administrar interinamente la diócesis de Compostela. Rudesindo se dejó arrancar, aunque no sin pena, de su apacible soledad, y accediendo á los ruegos del jóven monarca y de los grandes, aceptó el puesto de honor y de peligro que se le ofrecia. El rey lo nombró entónces su lugarteniente en Galicia, investiéndolo de plenos poderes para hacer cuanto creyese necesario por el restablecimiento de la tranquilidad y por libertar al país de los pillos que lo asolaban. El obispo consiguió formar un ejército, y, puesta su con-

fianza en Dios, lo condujo contra los normandos, repitiendo sin cesar estas palabras del psalmista: «Ellos tienen caballos, ellos tienen carros pero nosotros invocamos el nombre de Dios:» trabado el combate derrotó á los enemigos. (1)

Por su parte el gobierno consiguió también poner un ejército en pié de guerra: confió su mando al conde Gonzalo Sanchez, atacó á los daneses y, aún más afortunado que Rudesindo alcanzó sobre ellos una brillante y completa victoria. Su rey Gunderedo fué hallado entre los muertos, mas, aunque no dudamos de que los piratas sufrieron gravísimas pérdidas, el testimonio de Ibn-Adharí nos hará ver que exagera Sampiro al asegurar que murió hasta el último de los daneses y que fueron quemadas todas sus naves; debilitados y todo tuvieron fuerzas suficientes para intentar una invasión en la costa occidental de la España musulmana y hé aquí lo que Ibn-Adhâri, (tomo II, p. 257) dice sobre esta materia:

«A principios del mes de Ramadhan del

(1) Compárense los *Facta et miracula S. Rudesindi* («Esp. Sagr.» t. XVIII, apéndice n.º XXXII) c. 4 y 6, (super partes Gallæciæ Regias vices imperando exercebat) con las disertaciones de Florez sobre Rudesindo (t. XVIII, p. 73-105) y sobre Sisenando (t. XIX, p. 140-165).

año 360 (fines de Junio ó principios de Julio de 971) recibióse en Córdoba la noticia de que los Madjus normandos (Dios los maldiga) habian aparecido en el mar, y se proponian, segun su costumbre, atacar las costas occidentales de Andalucía. El sultan (Hacâm II) ordenó entónces á su almirante trasladarse lo más pronto posible á Almería, conducir á Sevilla la armada que se encontraba en aquel puerto, y reunir todas las demás escuadras en las playas de Occidente. »

Como Ibn-Adhâri no vuelve á hablar en adelante de los normandos, es de presumir que los espumadores de mar, intimidados por los preparativos del califa, volviesen á su pátria, y que esta vez los habitantes del litoral quedaran libres de miedo.

Nuestros lectores nos perdonarán que hayamos sido tan prolijos al hablar de esta invasion: la novedad de la materia nos sirve de excusa. En la memoria antes citada, M. Werlauff escribió dos páginas sobre este asunto, pero basté con decir que este sábio que goza de tan merecida reputacion por otros trabajos, no disponia en estas circunstancias de casi ningun documento. no conocia los textos árabes y en quanto á los latinos, conocíalos solo de referencia, pues no pudo, á lo que parece, consultar la «Es-

paña Sagrada,» donde se encuentran. Privado de esta preciosa coleccion, fuéle tambien imposible aprovechar las excelentes disertaciones del erudito y juicioso Florez, acerca de este período de la historia de Compostela; y, sin embargo, cuando se trata de aquel tiempo, es indispensable haberlas estudiado, porque ellas nos enseñan la necesidad de servirse con circunspeccion de la «Historia Compostelana,» de la «Crónica de Iria» y de la «Vida de San Rudesindo,» cuyos autores se han complacido, por una razon ya explicada, (1), en calumniar á los obispos de esta época. Segun M. Werlauff las fuentes latinas de la historia de España solo se ocupan de las expediciones de que hemos tratado hasta aqui; y, sin embargo, estos documentos hablan de otras muchas invasiones de que nos ocuparemos ahora, y sobre las cuales suministran noticias utilísimas los historiadores del Norte.

(1) Antes p. 22 y 23.

IV.

EXPEDICION DE SAN OLAO.

Entre las ciudades españolas destruidas y saqueadas por los normandos, debe contarse la de Tuy, en la desembocadura del Miño; el testimonio principal respecto á este punto es una carta de Alfonso V, fechada en 29 de Octubre de 1024, en la cual este rey hace donacion de la diócesis de Tuy al obispo de Compostela. (1) En ella se leen estas palabras:

«Post non longum vero tempus, crescentibus hominum peccatis gens Leodemanorum (2) pars marítima est dissipata: &

(1) Esta carta se encuentra en la «Esp. Sagr.» t. XIX, pág. 390 y siguientes.

(2) Esta palabra es sin duda una falta del compilador del cartulario, pues debe leerse «Loordamani,» como tendremos ocasion de ver cuando volvamos sobre esta forma. Por lo demás el mismo error se halla en un título de la infanta Urraca, («Esp. Sagr.» t. XXII, apéndice 1, donde se copia en parte el que ahora damos, (tambien se lee allí «Leodēmoni.»)

quoniam Tudensis sedes ultima præ omnibus, Sedibus, & infima erat, ejus Episcopus qui ibi morabatur, cum omnibus suis ab ipsis inimicis captivus ductus est, & alios occiderunt, alios vendiderunt, necnon & ipsam Civitatem ad nihilum reduxerunt, quæ plurimis annis vidua, atque lugubris permansit. Postea quidem, prosperante Divina misericordia, quæ disponit cuncta suaviter, ac regit universa, multas quidem ipsorum inimicorum services fregimus, & eos de terra nostra ejecimus, divina gratia adjuvante. Transactoque multo tempore cum Pontificibus, Comitibus, atque omnibus Magnatis Palatii quorum facta est turba non modica, tractavimus ut ordinarem per unasquasque Sedes Episcopos, sicut Canonica sententia docet. Cum autem vidimus ipsam Sedem dirutam, sordibusque contaminatam, & ab Episcopali ordine ejectam, necessarium duximus bene providimus, ut esset conjuncta Apostolicæ Aulæ cujus erat provintia, et sicut providimus, ita concedimus.»

Esta carta nos permite determinar con cierta aproximacion la fecha de la invasion normanda que nos ocupa. Alfonso V, cuando sucedió á su padre Bermudo II, en el año 999, era todavía muy jóven, aunque no

tanto como pretende Pelayo de Oviedo, que solo le concede cinco años, porque es cierto que ya habia nacido en 992 (1). Séanos, pues, lícito suponer que contaba ocho años en 999. Ahora bien, como dice formalmente en su carta, que él mismo expulsó á los normandos, es forzoso admitir que tendria edad de poder mandar el ejército, de donde deducimos que la invasion no fué anterior al año 1008, siendo por el contrario posible que fuera posterior.

Las cartas relativas al obispo de Tuy arrojan muy poca luz sobre la materia, pues el obispo Viliulf, que gobernó cuarenta años esta diócesis, firma su última carta el año 999 (2), y aunque ignoramos si tuvo por sucesor inmediato á un tal Alfonso, está fuera de duda que antes de ser destruida dicha ciudad, un Alfonso ocupó su obispado. Así resulta de una carta de 1112, que trata de la invasion de los normandos y en la que se dice que ésta ocurrió poco despues de la muerte del referido Alfonso. El nombre del obispo á quien los normandos cogieron prisionero, nos es desconocido.

Nada, por tanto, nos impide creer que la

(1) Véase «Esp. Sagr.» t. XXXVIII, p. 8 y 9.

(2) Véase «Esp. Sagr.» t. XXII, p. 57.

ciudad de Tuy fué saqueada por los normandos hácia el año 1012. Bajo este supuesto nos atrevemos á añadir que lo fué por el famoso vikingue noruego, Olao hijo de Harald, que reinó más tarde en su pátria. Canonizado un año despues de su muerte llegó á ser el patron de Noruega y muy pronto le dedicaron una multitud de iglesias, no solo en el Norte, sino tambien en las Islas Británicas, Holanda, Rusia y aun en Constantinopla.

Era un santo de una especie singular; pirata desde la edad de doce años habia invadido ya á Suecia, á la isla de Oesel, á Finlandia y á Dinamarca, cuando llegó á las costas de Holanda. (1) En este país, escitó su codicia Thiel, cuyo comercio estaba entónces muy floreciente, y remontando el Wahal, sin perder momento se apoderó de esta ciudad, cuyos habitantes emprendieron la huida á su aproximacion. Los piratas la saquearon é incendiaron; por respeto hácia la religion no quemaron la iglesia de San Walburgo y despues de cerrar sus puertas, se contentaron, dice un autor de aquel tiempo, con coger

(1) Verso del scalda contemporáneo Sigwat, en la *Saga Olafs Konung ens helga*, ed. Munch et Unger. Cristiania 1853)

las vestiduras sagradas, los ornamentos del culto y en una palabra, todos los objetos de valor. Parece, sin embargo, que hubieron de cometer en ella algunas tropelías, porque más tarde el obispo de Utrech, Adelbold, se creyó obligado á reconstruirla.

El año siguiente Olao Haraldsson volvió con noventa bajeles y, derrotando á los holandeses que quisieron oponerse á su paso, llegó hasta Utrech. A su aproximacion los habitantes incendiaron las casas del arrabal, temerosos de que los piratas se ocultasen en ellas; Olao les dió calorosamente las quejas. «No teneis razon ninguna, les dijo, para destruir vuestro barrio, jamás pensé hacer os daño alguno; cómo habia de ocurrirme semejante idea cuando teneis un obispo á quien venero como á un santo? Lo único que queremos mis camaradas y yo es que nos dejeis entrar en vuestra ciudad á fin de poder orar en vuestras iglesias y ofrecerle nuestros dones.» Pero los maliciosos habitantes de Utrech, desconfiando de la piedad de los piratas, en la que solo vieron una de esas extratagemas con que los normandos acostumbraban á introducirse en las ciudades para saquearlas luego, respondieron con mucha entereza y cortesía que no podian admitir dentro de sus muros á hombres arma-

dos, y, bien fuera respeto al santo obispo, (como asegura un panegirista de éste), bien que no se creyese en estado de apoderarse de una ciudad tan bien fortificada, como Utrech estaba entónces, Olao desanduvo el camino y se dió nuevamente á la mar. (1)

Inglaterra, donde reinaba el débil é indolente Ezelredo, fué entónces el teatro de sus expediciones. Tomó en union con Thorquel, lugar-teniente del rey de Dinamarca Sven, en el año 1014, la importante ciudad de Cantorberi que faltando á sus compromisos se habia negado á pagar á los daneses el tributo que habia aceptado. «Príncipe gracioso, — cantó más tarde su bardo Otar el Negro, — el mastin ha entrado en el vasto Cantaraborg. Las llamas y el humo jugaron terriblemente con las casas: descendiente de héroes, tú mandabas á la victoria! á mis oidos ha llegado que quitaste la vida á muchos hombres.» (2) En efecto la carnicería fué terrible; el incendio fué, segun un agiógrafo contemporáneo, semejante

(1) Véanse los autores citados por Van Bolhuis, «De Noormannen in Nederland,» p. 191-200.

(2) Saga Olafs, p. 21, ed. de 1853. Véase *ibid* los versos de Sigwat sobre el mismo asunto. Los compiladores de esta Saga cometieron muchos errores hablando de la perma-

al de Troya ó al de Roma bajo Neron. En vano el arzobispo Elfegio, venerado de todos por sus virtudes y su edad, se precipitó delante de los bárbaros, suplicándoles que perdonase á su desdichado rebaño; él, fué víctima de su abnegacion.—Los normandos lo cogieron, oprimieron su cuello para ahogar sus gritos, atáronle las manos, desgarráronle las mejillas con sus uñas, diéronle de puñetazos y puntapiés y despues de esto lo llevaron delante de la catedral para que presenciase la suerte este edificio, adonde se habian refugiado el clero, los monges, las mugeres y los niños. Montones de leña estaban ya acumulados contra las murallas, los normandos les prendieron fuego dando gritos salvajes; muy pronto las llamas tocaron al techo, las vigas inflamadas cayeron, y torrentes de plomo derretido obligaron á los desdichados que allí se albergaban á abandonar la iglesia, y conforme iban saliendo los piratas los iban acuchillando

nencia de Olao en Inglaterra, (véanse á este propósito las excelentes observaciones de M. M. Keyser y Unger, «Olafs saga hins helga, en Kort. Saga,» etc. (Cristiania 1849) p. 98; 104. Es necesario atenerse á los cantos de los Scaldas contemporáneos, que son documentos completamente seguros para la historia.

ante los ojos del obispo

Los normandos que habian metido á este en un inmundo calabozo le perdonaron la vida durante muchos dias, con la esperanza aun de que les pagaria el enorme rescate que le habian exigido; mas, como para contentarlos el obispo hubiera tenido necesidad de espoliar á la iglesia, rehusó hacerlo y su tenacidad exasperó á sus verdugos hasta tal punto que un dia que llegaron de Dinamarca toneles de vino y bebieron con profusion, despues de la comida, no sabiendo que hacer para divertirse, mandaron llamar al anciano. «Oro, obispo, le gritaron de todas partes en cuanto lo apercibieron, oro ó vas á desempeñar un papel que te hará famoso en el mundo.» El obispo, mal inspirado é ignorando probablemente que estaban beodos, tuvo la torpeza de dirigirles un sermon ofreciéndoles el oro de la palabra divina, y amenazándoles con una muerte terrible si se atrevian á atentar á su vida; mas, apenas hubo acabado de hablar, cuando los normandos, rugiendo como bestias feroces, empezaron á tirarle el uno un hueso, el otro una piedra, el de más allá una cabeza de buey. El desdichado anciano cayó al suelo maltratado de la manera mas brutal é innoble y aún debió dar gracias á Dios cuando un danés, á quien ha-

bia administrado el bautismo, le dió por compasion el golpe de gracia (1).

La iglesia siempre imparcial y equitativa mira á Elfeigio como á un santo, lo mismo que á Olao Haraldsson, uno de sus asesinos.

Algun tiempo despues de la muerte del arzobispo, Olao salió de nuevo á la mar para volver á tomar su antigua profesion y entonces saqueó las costas de Francia, como lo acreditan estos versos de su bardo Ottar el negro: «Joven rey, tu á quien los combates no turban la alegría, tu has podido devastar á Peita (el Poitu). Principe, tu has hecho la prueba de tu escudo pintado en Tuskaland (el país de Tours, la Turena).»

Olao Haraldsson estuvo en España durante esta expedicion, respecto á la cual tenemos de poco años á esta parte un testimonio positivo que se halla en la crónica de Noruega, escrita en una de las Orcadas, y publicada por primera vez en 1850, por un erudito eminente, M. Munsch de Christiania (2). El autor

(1) Osbern, *Vita S. Elphegi en Langebek, Script. rer. Danic.* tomo II, p. 439 y siguientes. Langebek ha citado en sus notas los pasages de los cronistas ingleses que se refieren á éstos acontecimientos.

(2) Ademár (c. 53 en la Recopilacion de Pertz t. IV páginas 139-140, habla sin duda de la misma expedicion, que no debe confundirse con la que de tratan las crónicas de Normandia, como lo han hecho no solo Depping sino aún escritores mas serios

de esta crónica nos enseña (p. 17) que Olao Haraldsson fué á atacar á Bretaña y á España donde consiguió muchas victorias: «*Olavus interim Britones debellat, et usque Hispania partes profectus ibique clarissimos suæ victoriæ titulos relinquens, rediit in Daniam.*» etc. Ahora bien, como la época de la expedición de Olao coincide con la destrucción de Tuy por los normandos, no vacilamos en decir que él fué quien saqueó esta ciudad é hizo prisionero á su obispo. Fué la suerte de este menos dura que la del infortunado Elfeigio? Lo ignoramos; pero el obispo debió ser vendido como esclavo ó muerto, pues en Galicia jamás se le volvió á ver.

Hemos dicho que á nuestro conocimiento no ha llegado mas que un solo testimonio que afirme que Olao estuvo en España en esta época; sin embargo hay otros no exentos de valor, y como la crónica de que hemos hecho mérito, aunque inspirada en bue-

tales como los autores del «Diccionario geográfico» que se encuentra en el tomo XII de los «Scripta. Hist. Island.» Esta última expedición fué hecha por el rey de Noruega Olao Tryggvason (1000) y por el rey de Dinamarca Sven y es anterior en muchos años á la de Olao Haraldsson.

(1) La publicación de M. Munch lleva este título: «*Symbolæ ad historiam antiquiorem rerum Norvegarum Christiania, 1850.*»

nas fuentes, no se escribió hasta el siglo XV (1), no será superfluo citar aquellos. Osbern, biógrafo de Elfegio, refiriendo que el cielo castigó cruelmente á los asesinos del santo, dice; que dos de sus bandas marcharon, una en cuarenta buques y otra en veinte y cinco, á países lejanos y desconocidos, donde fueron esterminadas por sus moradores (2). No pudo ser una de esas escuadras la de Olao y uno de esos países *lejanos y desconocidos*, España que apenas era conocida de Inglaterra en aquella época? Convénimos en que la banda de Olao no fué sin duda esterminada, pero fué espulsada al menos por Alfonso V y no debe perderse de vista que al piadoso Osbern le gusta exagerar las cosas cuando cree que vá en ello la reputacion del santo á quien ensalza.

Otro testimonio es mucho mas explícito y probará á nuestro juicio que Olao fué arrojado con su escuadra mas allá de la desembocadura del Miño.

Este testimonio nos lo suministra la saga

(1) M. Munch (p. v.) piensa siempre que la parte principal de la crónica se compuso hacia el año 1300.

(2) *Quadráginta vero, itemque viginti quinque, ad exterar atque ignotas regiones appulsæ, et quasi quæ insidiarum gratias venissent, ab eisdem miserabiliter intercemptæ.* Recopilacion de Långebek. II. p. 423.

islandesa que lleva el nombre del célebre vi-kingue: el fondo de este relato (1) se encuentra en la redaccion que consultamos la cual es, segun las curiosas investigaciones de los sabios de Christiania, la mas antigua que poseemos. y data de la segunda mitad del siglo XII, (entre 1170 y 1180); pero existen fragmentos de una redaccion aun mas remota y que parece ser de la primera mitad del siglo XII, es decir, de la época en que comenzó á escribirse la tradicion oral. Los datos por tanto de este saga merecen un examen muy serio, aunque solo sea por su antigüedad y como nombra á los Kalrsar, como el punto mas lejano á que llegó Olao en su espedicion, debemos investigar lo que debe entenderse por esta palabra.

Schæning sospechó si era el Miño, opinion en que no nos detendremos; pues aunque estamos convencidos de que Olao estuvo en ese rio, no vemos razon ninguna justificada para que le diese el nombre de Kalrsar. En el Diccionario geográfico que forma el tomo XII de los «Scripta Historia Islandorum», obra de profunda erudicion, se halla una explica-

(1) Olafs saga edicion de 1849 c. 14-17 ed. de 1853. c. 25 Formanna Sogur t. IV p. 55-58: t. V. p. 162-165. C. f., Fa-grskinna, p. 71.

cion enteramente distinta. Los autores de este precioso trabajo traducen (p. 103-104) Karlsar por las aguas de Carlos y, despues de decir que los normandos tenian la costumbre de cambiar los nombres de los lugares extranjeros en nombres que tuviesen para ellos alguna significacion, piensan que por Karlsar ó aguas de Carlos debe entenderse el Garona; opinion adoptada por los sabios de Cristiania M. Munch, Keyser y Unger.

Sin negar la exactitud de la hipotesis que sirve de punto de partida á estos eruditos, debemos sin embargo manifestar que el conjunto del relato, al menos á nuestro parecer, no consiente pensar en el Garona. Desde luego el saga dice formalmente que los hombres que viven cerca de Karlsar son paganos é idólatras; y digan lo que quieran los autores del Diccionario geográfico (p. 352) á nosotros nos cuesta trabajo admitir que Olao y sus compañeros, que eran cristianos, aunque muy malos por cierto, considerasen á los habitantes de Bordelés como adoradores de ídolos. En segundo lugar, el país cercano á los Karlsar es evidentemente un *fairy-land* como dicen los ingleses, un país de *encantamento*, si nos es permitido espresarnos así, pues Olao encontró allí dos mónstruos que mató, un javali enorme y una sirena á que los habi-

tantes reverenciaban como dioses tutelares. Ahora bien es verosímil que los normandos colocaran su *fairy-land* en Francia, á orillas del Garona? No lo creemos: Francia donde habian hecho tantas correrías, se parecia demasiado á los demás países cristianos saqueados por ellos para que hubiese podido herir su imaginacion hasta ese punto. Por último, y este argumento nos parece decisivo, el saga dice que Olao esperó en los Kalrsar un viento favorable para pasar el estrecho de Gibraltar, luego es evidente que no se trata del Garona, pues ningun hombre, que esté en su cabal razon, esperará en la embocadura de este rio un viento propicio para entrar en el mediterráneo. Debe tratarse por el contrario de una localidad cercana al estrecho de Gibraltar.

A nuestro parecer se refiere á la bahia de Cádiz; allí era donde los buques esperaban ordinariamente un viento favorable para pasar el estrecho; allí donde moraban entónces los paganos, es decir los musulmanes, pues es sabido que todos los pueblos cristianos miraban entónces á los sectarios de Mahoma como idólatras; allí en fin era donde los normandos debieron colocar su *fairy-land*; pues para ellos, Cádiz, donde vivian los singulares *Blamenn* (los negros) estaba al final

del mundo. Los romanos creyeron lo mismo: «*terraram finis Gades*» había dicho Silio Itálico.

Réstanos pues explicar porque los normandos dieron á la bahía de Cádiz el nombre de *karlsar*.

A nuestro parecer este término no quiere decir *las aguas de Carlos*, sino *las del hombre, las del hombre grande*, pues la palabra *karl* significa en todas las lenguas germánicas *un hombre grande, fuerte, robusto*, por eso un navío de Olao cuya popa estaba adornada con una cabeza de rey, llevaba el nombre de *karl-hæfus, cabeza de hombre, de hombre grande* (1), y traduciéndose *karlsar* de esta manera se explicará fácilmente porque los normandos dieron este nombre á la bahía de Cádiz.

Todo el mundo ha oído hablar de las columnas de Hércules (B) en Cádiz, pero aunque los autores clásicos las nombran á menudo (2) unicamente por los autores árabes, y por los Pséudo Turpin, es por quienes sabemos co-

(1) Saga Olafs p. 38 edicion de 1853. *Karlshæfus* cabeza de hombre es también el nombre de un personaje muy conocido en las sagas.

(B) Véase la nota B al fin del tomo.

(2) C. F. Suarez de Salazar. «Grandezas y antigüedades de Cádiz,» p. 149-150.